

Capítulo II

*Que relata la primera salida
del famoso detective Frank Stain*

FRANK STAIN DESPERTÓ SOBRESALTADO. Miró el despertador: eran más de las once. Volvió la cabeza hacia el galán de noche junto a la cama y se tranquilizó: allí seguían, tal como los había dejado la noche anterior, el traje gris marengo de las grandes ocasiones, la corbata negra, la gabardina, el borsalino y unos zapatos negros de cordones.

Se duchó, se peinó, se puso traje y gabardina y se encasquetó el borsalino gris. Se contempló una vez más en el espejo y lo que vio le pareció digno del mismísimo Sam Spade.

Bajó al garaje, arrancó el coche y salió en dirección a su primera parada. Aparcó el 1500 frente al quiosco de Pepe, quien le miró de hito en hito.

—¡Paco, chiquillo, quítate la gabardina, que estamos en agosto y hoy va a pegar el Lorenzo fuerte y flojo! ¿Adónde vas, a un entierro?

Frank adoptó un tono seco e ignoró desdeñoso la última pregunta:

—No tengo calor. Y, por favor, llámame Stain, Frank Stain.

Los ojos de Pepe aumentaron abruptamente de tamaño, pero algo le indicó que debía seguir el juego, fuese este el que fuese.

—¿Te doy el *Marca*?

—No, *El País*, *ABC* y *El Mundo* y también *Expansión* y *Cinco Días*.

A Pepe los ojos casi se le salieron de las órbitas. Aguantó el tipo y devolvió en silencio el cambio a Frank. Este le dio educadamente las gracias y sin más comentarios entró de nuevo en el coche, que se puso en marcha con la presteza y el sigilo de un Panzer de la Wehrmacht en el frente ruso.

La siguiente parada fue el bar Manolo, en el que Frank entró con los periódicos bajo el brazo. Manolo no descompuso la figura al ver entrar a su cliente y amigo de tantos años vestido de carnaval:

—Paco, *mi arma*, ¿qué haces con ese sombrero y ese pedasso gabardina? ¿Te han contratado de extra en *Velvet* o estás pagando una promesa?

—Ni lo uno ni lo otro y mi nombre es Stain, Frank Stain.

Al igual que le ocurriera a Pepe, algo en la mirada de Paco aconsejó a Manolo no hacer bromas y aparentar absoluta normalidad:

—¿Un máquina y entera con manteca *colorá*?

La respuesta de Frank voló como un cuchillo helado de un extremo a otro del bar:

—Un té y un cruasán con mantequilla y mermelada.

A Manolo le costó encajar el golpe, pero la extraña mirada de su amigo le hizo mantener una actitud de prudencia. Frank se enfrascó en una lectura concienzuda de los periódicos que le llevó casi tres horas.

Era plenamente consciente de las enormes dificultades que tendría para emular a Carvalho, Bevilacqua, Mario Conde o Montalbano, pero se animaba al recordar a Romano, Jaritos e incluso al pionero Sherlock Holmes, quien en *Un estudio en escarlata* asombraba al recién conocido Dr. Watson por una «ignorancia tan llamativa como su conocimiento» sobre ciertos asuntos. Según Watson, «de literatura contemporánea, filosofía o política parecía no saber prácticamente nada» y Holmes desconocía incluso la teoría copernicana.

Sherlock, lejos de mostrarse cohibido o acomplejado, argumentaba impávido al Dr. Watson que el cerebro tiene una capacidad limitada y que los saberes inútiles quitan sitio

a los conocimientos realmente necesarios para alcanzar los objetivos personales y profesionales.

Es más, según Sherlock Holmes, a partir de un cierto punto de saturación todo conocimiento añadido implica la eliminación de saberes previamente almacenados, lo que debería llevarnos a ser muy selectivos en la acumulación del conocimiento y a descartar todo aquello que no tenga una utilidad práctica evidente.

Frank Stain decidió seguir los sabios y muy prácticos consejos del genio de Baker Street: no se obsesionaría por intentar llenar de un día para otro sus numerosas lagunas (algunas del tamaño del lago Baikal) en historia, literatura, arte o filosofía contemporánea. De entrada se concentraría en la información política de la prensa diaria, que sin duda habría de proporcionarle abundante material para sus actividades detectivescas.

Tampoco en el terreno gastronómico estaba seguro de alcanzar los niveles de sofisticación carvalhana, mas, a fin de cuentas, su admirado inspector Méndez acompañaba las paellas con orujo gallego y a Jaritos lo que de verdad le gustaban eran los *suvlakis* que compraba en la calle.

La intuición de Frank sobre la prensa se vio rápidamente confirmada. De hecho, había tanto material que no sabía por dónde comenzar: incendios sospechosos, inmigración ilegal, narcotráfico, políticos, funcionarios y policías corruptos, fraudes de todo tipo y tamaño, trata de blancas...

Sobre este último asunto leyó una noticia particularmente llamativa: una banda internacional dedicada al tráfico ilegal y a la prostitución en Europa de mujeres africanas y latinoamericanas sometía a sus víctimas amenazándolas con utilizar el vudú.

Tras cavilar un buen rato decidió tomar este camino. Se vio a sí mismo, como el inspector Méndez en *Peores maneras de morir*, luchando valerosamente contra las mafias internacionales de tráfico de mujeres en busca de la misteriosa Eva Ostrova.

Frank intuyó lo que tenía que hacer. Era aún mediodía, demasiado temprano para poner en ejecución su plan; se levantó, dejó el dinero del desayuno en la barra del bar, lanzó un gruñido a Manolo que podía pasar por una despedida y salió a la calle en dirección al coche.

Una vez en casa, se relajó, se quitó la gabardina, el borsalino, la chaqueta y la corbata. Almorzó gazpacho y papas con chocos que le había dejado preparados Antonia, la asistente, y se quedó traspuesto en el sillón de orejas frente al televisor apagado, arropado por el ronroneo del aire acondicionado.

Cuando despertó, eran más de las cinco. Apagó el aire y volvió a ponerse el uniforme de detective. Bajó al garaje y salió al calor aplastante de la tarde de agosto al volante de su 1500.